

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo LXI. De lo que le sucedio a Don Quixote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1686

CAPITULO LXI.

De lo que le sucedió à Don Quixote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

TRES dias, y tres noches estuvo Don Quixote con Roque, y si estuvièra trecientos años, no le faltàra que miràr, y admiràr en el modo de su vida. Aqui amanecian; acullà comian; unas vezes huyan sin saber de quien, y otras esperàvan sin saber à quien. Dormian en pie, interrumpièndo el sueño, mudàndose de un lugar à otro. Todo era ponèr espías, escuchàr centinelas, soplàr las cuerdas de los arcabuzes (aunque trayan pocos, porque todos se servian de pedreñales.) Roque passava las noches, apartàdo de los fuyos, en partes, y lugares donde ellos no pudièssen saber donde estàva; porque los muchos bandos, que el visorrey de Barcelona avia echàdo sobre su vida, le trayan inquieto, y temeròso, y no se osàva fiàr de ninguno, temièndo, que los mismos fuyos ó le avian de matàr, ó entregàr à la justicia (vida por cierto miserable, y enfadòsa.) En fin por caminos desusàdos, por atajos, y sendas encubièrtas partièron Roque, Don Quixote y Sancho, con otros seys escuderos à Barcelona. Llegaron à su playa la vispera de San Juan en la noche; y abraçàndo Roque à Don Quixote, y à Sancho (à quien diò los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los avia dado) los dexò con mil ofrecimièntos, que de la una à la otra parte se hizieron.

BOLVI-



BOLVIÒSE Roque; quedòse Don Quixote esperàndo el dia assi à cavallo como estàva; y no tardò mucho, quando començò à descubrièrse por los balcones del oriente la faz de la blanca Aurora, alegràndo las yervas, y las flores, en lugar de alegràr el oydo; aunque al mesmo instante alegràron tambien el oydo el Son de muchas chirimias, y atabales, ruydo de cascaveles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecèr de la ciudad salian. Diò lugar la Aurora al Sol, que con un rostro mayor que el de una rodela por el mas baxo orizonte poco à poco se iba levantàndo. Tendièron Don Quixote, y Sancho la vista por todas partes, vieron el Mar, hasta entonces dellos no visto; pareciòles espaciosissimo y largo, harto mas que las Lagunas de Ruydera que en la Mancha avian visto. Vièron las galeras que estàvan en la playa, las quales abatièndo las tiendas, se descubrièron llenas de flamulas, y gallardetes, que tremolavan al viento, y befavan, y barrian el agua. Dentro sonavan clarines, trompetas, y chirimias, que cerca, y lexos llenavan el ayre de suaves, y belicòsos acentos: començaron à movèrse, y à hazèr un modo de escaramuça por las fofegadas aguas, correspondièndoles casi al mismo modo infinitos Cavalleros, que de la ciudad fobre hermòsos cavallos, y con vistòsas libreas salian. Los soldados de las galeras disparàvan infinita artilleria, à quien respondian los que estàvan en las murallas, y fuertes de la ciudad. La artilleria gruèssa con espantòso estruèndo rompìa los vientos, à quien respondian los cañones de cruxia de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el ayre claro (solo tal vez turbio del humo de la artilleria) parece que iba infundièndo,

èndo, y engendrando gusto subito en todas las gentes. No podia imaginàr Sancho, como pudièssen tenèr tantos pies aquellos bultos, que por el mar se movian.

EN esto llegàron corrièdo con grita, lillies, y algazara los de las libreas, adonde Don Quixote suspenso y atònito estàva; y uno dellos (que era el avisado de Roque) dixo en alta voz à Don Quixote: bien sea venido à nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella, y el norte de toda la Cavalleria andante, donde mas largamente se contiene: Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quixote de la Mancha, no el falso, no el ficticio, no el apocrifo, que en falsas històrias estos dias nos han mostràdo, sino el verdadero, el legal, y el fiel, que nos descriviò Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores. No respondiò Don Quixote palabra, ni los Cavalleros esperaron à que la respondièsse; sino bolvièndose, y rebolvièndose con los demàs que los seguiàn, començaron à hazèr un rebuelto caracol al derredor de Don Quixote, el qual bolvièndose à Sancho, dixo: Estos bien nos han conocido: Yo apostarè, que han leydo nuestra història, y aun la del Aragonès rezien imprèssa. Bolviò otra vez el Cavallero que hablò à Don Quixote, y dixole: Vuestra merced, Señor Don Quixote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que Don Quixote respondiò: Si cortesias engendran cortesias, la vuestra, Señor Cavallero, es hija, ó parienta muy cercana de las del gran Roque. Llevadme do quisièredes, que yo no tendrè otra voluntad que la vuestra, y mas si la querèys ocupàr en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas, le respondiò